[Publicado previamente en: *Investigación y progreso* VI, n.º 2, 1932, 17-19. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con la paginación original].
© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Los bronces del Cerro del Berrueco. Contribución al conocimiento de las ideas religiosas de la antigua Celtiberia

Antonio García y Bellido

[-17→]

Son tres los conocidos hasta el momento: el que publicó Riaño a poco de su descubrimiento *(Boletín de la Academia de la Historia*, tomo 34, 1899), que es el primero conocido, y los dos existentes hoy en el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid, que reproducimos junto a estas líneas (figuras 1 y 2), dando las gracias al Sr. Gómez-Moreno que nos ha permitido su estudio y nos ha facilitado sus fotografías. Todos tres son oriundos del mismo lugar: del Cerro del Berrueco, en la provincia de Ávila, junto a la raya con Salamanca.

Fig. 1

Fig. 2

Sus hallazgos carecen de circunstancias; por tanto, no hay posibilidad de atribuirles sin más una fecha. Los tres son anepígrafos. Salvo minucias sin importancia alguna, son entre sí de una identidad casi absoluta. El primero, el publicado por Riaño, mide 27 cm. escasos de alto y 12,5 de ancho. Los otros dos, miden 26 y 25 cm. de alto y 12 y 13 de

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

ancho. Estas diferencias, inapreciables, se deben a roturas. Son, pues, sensiblemente iguales, y describiendo uno se describen los tres.

La figura es de simetría notoria. Del centro, en el cual hay una especie de disco con una estrecha corona de rayos, parten cuatro alas, pero apareadas, dos arriba y dos abajo. Entre las superiores, hay una cabeza humana, y entre las inferiores, dos piernas, también humanas. Sobre la cabeza, y uniéndose con los extremos de las alas, hay unos vástagos difíciles de describir, los cuales se repiten, con algunas diferencias, a ambos lados, derecho e izquierdo, del disco, y entre las dos alas, con las cuales también están unidos. Las alas tienen un borde recto, con varias estrías longitudinales, y otro curvo con cisuras cortas y normales al borde. Estas son las plumas, aquéllas responden al muñón del ala. La cabeza, bárbara en extremo, de pronunciados pómulos, de anchas y largas narices, de ojos amigdaloides, con indicación de pupila, de boca esquemática, se toca con un algo especial, quizá el pelo mismo, terminado en volutas breves. Del mentón parte una banda que muere en el vértice formado por las alas superiores. Los bronces del Berrueco son **[-17→18-]** propiamente unas láminas delgadas (de 0,5 centímetros aproximadamente de grueso) con calados y recortes.

Ya desde la aparición y publicación del primer ejemplar (hoy perdido) de estos extraños bronces, se notó al punto ciertas analogías formales con cosas orientales, egipcias principalmente. Riaño, el primero, y más tarde, Fita *(Boletín de la Academia de la Historia*, tomo 63, 1913), se afanaron por buscar objetos iguales en los viejos cultos y religiones, y aun consultaron textos y escritos antiguos persiguiendo noticias que pudieran convenir a nuestros bronces. En ninguna de las obras consultadas hallaron paralelos, ni en objetos ni en textos, que pudieran explicar satisfactoriamente los ídolos broncíneos de Ávila. Las semejanzas «más directas y afines» –decía textualmente Riaño– las ofrecen ciertos objetos de Chipre, Judea y Asia Menor. Todos ellos son –añadimos nosotros– ante-romanos y la mayoría contemporáneos del arcaísmo griego. A pesar de ello, Riaño se decidió por una clasificación que nosotros resumimos en tres puntos: *a)* que nada acusa en ellos una influencia de la mitología greco-romana; *b)* que se trata de objetos de un culto heliolátrico oriental; y *c)* que este culto es un culto *gnóstico* y, por tanto, en España, de fecha tardía. Riaño partía del hecho cierto de que las alas, el tocado de la cabeza, y quizá lo que él identifica con la «perilla osiríaca», son de tipo egipcio. Todo ello puede muy bien convenir con el gnosticismo cuya Meca fue Alejandría precisamente. Pero no cayó en la cuenta—algo difícil en su tiempo—de que hay un momento en el Mediterráneo oriental en que todos estos caracteres llamados egipcios, y otros designados genéricamente como orientales, son patrimonio también de pueblos que no eran propiamente orientales. Tal acaece con los griegos. El arte griego de los siglos postgeométricos vive *casi* exclusivamente de temas orientales. Digamos lo mismo de Etruria. (Consúltese el magnífico libro de Poulsen: *Der Orient und die frühgriechische Kunst*, 1912.)

Se impone, pues, un análisis más minucioso de la cuestión. El caso de una figura con cuatro alas *(tetráptera)*, es un caso raro; vamos a buscar los antecedentes de nuestros ídolos tetrápteros. Riaño ya conoció, a través de la obra de Perrot y Chipiez (tomos III y IV), figuras de cuatro alas en cosas chipriotas, judaicas y minorasiáticas, y vio en ellas semejanzas mucho más convincentes que en ningunas otras. También recordó que en el arte asirio y en el persa, se presentan de vez en cuando figuras tetrápteras. No conoció, sin embargo, prototipos griegos.

No obstante, existen en una abundancia enorme. Desde el vaso rodio del Museo Británico, del siglo VII, hasta los últimos vasos de figuras negras, las Gorgonas se re-

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

presentan casi siempre con cuatro alas. La abundancia de ejemplos y el carácter conciso que han de llevar estas notas nos impiden dar cuenta de estos ejemplos, que naturalmente van circunstanciados en el estudio extenso que preparamos. Provisionalmente, consúltese el *Corpus Vasorum Antiquorum*. El vaso del Británico es el primer ejemplo conocido de la figura mitológica griega. En su tiempo aparece también la primera esfinge alada griega, en Éfeso. Poulsen demostró que las figuras aladas en el arte griego son de origen asiático, y su tiempo de aparición coincide con el principio de la época orientalizante del arte griego postgeométrico. Desde entonces, bronces y vasos cerámicos representaron Gorgonas tetrápteras, en aquella actitud, tan típica para el arcaísmo, de *Knielauf*, de figuras que corren arrodilladas.

Vamos ahora a la forma o el tipo de las alas. El tipo que Poulsen llamó de ala recta *(gerader Flügel)*, tiene también un origen asiático-mesopotámico, y de él hicieron uso y abuso los fenicios, mientras los griegos le dieron ya desde el principio una forma de guadaña *(Sichelflügel)*. Las alas rectas se hallan por excepción también en cosas griegas, y son las que caracterizan precisamente a nuestros bronces. En nuestra Península, son de tipo fenicio (rectas) las de los marfiles que Bonsor halló en Andalucía, cuyo origen púnico está fuera de dudas. Abundan por doquier en calderos y joyas etruscas, y en nuestro propio tesoro de la Aliseda. También lleva alas rectas, de tipo púnico, la esfinge de Villaricos. Así, pues, por lo que al número de alas, y a la forma de ellas toca, bien demostrado queda que el tipo de los bronces del Cerro del Berrueco se encuentra ya en cosas, tanto arcaicas griegas y púnicas, como en egipcias y orientales, sin que sean exclusivas de estas últimas. También queda demostrado, en consecuencia, que la cronología que de ello se deriva, antecede en mucho a la de finales del Imperio romano que Riaño atribuye a los bronces.

Pero aun nos queda más que analizar por lo que a detalles morfológicos se refiere. La cabeza, con su tocado, es cosa de la que Riaño halló justos antecedentes egipcios. Pero también es verdad que no constituyen rasgos específicos de Egipto, que este mismo tocado abunda en la época postgeométrica en todas las tierras y en todos los pueblos que bordean, viven y conviven en la cuenca oriental del Mediterráneo, y, como es natural, también a orillas del mar Tirreno. De ello, pues, no puede deducirse nada concreto en favor de un origen nilótico. Es más; si hemos de prestar el crédito que merecen las aseveraciones de Poulsen, el tocado terminado en trenzas espiraliformes tiene un rancio y claro abolengo mesopotámico. En cuanto al disco central, a nosotros, como a Riaño y Fita, nos parece indudable que se trata de un disco solar, con determinación de sus rayos o corona de fuego. También son frecuentes en discos solares entre las cosas púnicas, pero hemos de reconocer aquí más bien un origen egipcio, donde el disco solar tuvo su culto especial. Sin embargo, advirtamos por adelantado que lo hemos de ver en Grecia. Réstanos hablar de los aditamentos extraños que la figura lleva a los lados y sobre la cabeza. Riaño los llamó «flores de lis» y ciertamente lo parecen; pero también pudieran ser estilizaciones muy geometrizadas de los brazos, que en un principio tendrían el disco como más tarde veremos en figuras similares. Esta opinión –que fue de Riaño– se confirmaría en la comparación con la fase, medio geométrica, medio naturalista, que aun observamos en las piernas humanas que tienen nuestros bronces. De ser, por el contrario, flores de loto, nada tendría de extraño dentro de la época y artes a que obedecen los demás elementos ya analizados (alas, tocado, etc.), y de hecho, flores de loto, o cosa por el estilo, hallaremos en figuras emparentadas con las nuestras.

Vemos, pues, con qué coincidencia todos los caracteres de los bronces-ídolos del Cerro del Berrueco parten de cosas preclásicas que evidentemente fueron sus prototipos,

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

por lo menos formales. Es también coincidencia interesante que todos estos prototipos se hallan íntimamente unidos entre sí por las formas, la cronología y la geografía; que todos ellos son de los siglos VII y VI, y que todos pululan en las artes tan plenas de orientalismos, que produjeron los distintos pueblos que baña el Mediterráneo oriental. Pero antes de extraer **[-18→19-]** la conclusión de esta serie de premisas, aduzcamos el último y más importante argumento, y con él tratemos de resolver la cuestión capital que estos bronces provocan.

En las líneas antecedentes hemos estudiado el origen de cada uno de los elementos que destacadamente se presentan en los peregrinos bronces del Cerro del Berrueco, en la provincia de Ávila. Pero los hemos estudiado aisladamente, como si no formasen un todo. Debemos buscar ahora ejemplos donde todos estos elementos aparezcan unidos como lo están en nuestros bronces. En la gran obra, prodigio de erudición, de Cook, *Zeus* (I, Cambridge, 1914, págs. 296 y siguientes), se estudia uno de los aspectos del culto al padre de los hombres y de los dioses, a Zeus, «el Krónida», «el que se complace con el rayo», según los epítetos homéricos. Este aspecto es el culto al disco solar como atributo de Kronos-Zeus, emparentado probablemente con otros cultos semejantes de Creta, Cilicia y Norte de África. Con ello pudieran tener relación, o por lo menos muestran un estrecho paralelo, los discos o escudos suspendidos en templos y palacios, quizá también «apotropaia». En otra clase de monumentos nos hallamos ya evidentemente con formas de un culto claramente heliolátrico. Tal, por ejemplo, en cierta moneda traco-macedónica de plata, donde una figura de largos cabellos y alada, volando en actitud de *Knielauf* (con caracteres, pues, aún arcaicos), lleva, a través del cielo en rápida carrera, un disco solar (fig. 3).

Fig. 3

Fig 4

Fig. 5

Es interesante que aquí las alas parten de la cintura y no de los hombros. Esta particularidad es ya vieja en algunas figuras aladas griegas arcaicas, cuya enumeración no es propia de este lugar. Véase también cómo las alas tienen un tipo parecido al de nuestros bronces y, finalmente, algo que se asemeja de un modo sorprendente a lo que Riaño llamó «flor de lis», y que aquí, en efecto, parece serlo. Detalle también curioso es que esta flor nilótica viene a caer al nivel de la cintura y bajo un ala. Quizá no sean más que casualidades, pero veremos cómo en otros ejemplos continúan las coincidencias. Análoga a ella es la moneda, ya clásica por su arte, de Mallos de Cilicia (425-385 a. d. Cristo). Una «Nike» alada, volando también arrodillada, con un disco en las manos a la altura del vientre, y con una curiosa voluta en el pelo. Para Cook, este tipo está estrechamente unido con otros de Creta y Norte de África. Con él está íntimamente relacionado el estátero de la colección Hunter, con figura de cuatro alas, disco solar sostenido con las dos manos sobre el vientre y actitud de *Knielauf* (fig. 4). Obsérvese aquí también que dos de las alas parten, de la cintura, como en casos precedentes y en nuestros bronces. Dígase lo mismo de otro está-tero de la misma colección reproducido por nosotros en la figura 5. Sobre llevar las consabidas cuatro alas (dos partiendo de media cintura) y el disco sostenido con las manos y sobre el vientre, es de doble cabeza, jani-

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

forme, y lleva en su parte inferior un toro androcéfalo o Minotauro. Según otras monedas, también éstos son atributos de Kronos asimilado a Minotauro. Que en estos ejemplos nos hallamos ante un culto muy cercano, si no igual, al que nuestros bronces representan, es cosa que por lo menos a nosotros nos parece clara y posible. Quizá se diga que es muy difícil un eco religioso griego en un ámbito celta metido dentro de la tierra más lejana del ecúmeno clásico. Cierto que parece raro, pero acaece que, por casualidad, por un capricho de la Arqueología, existe también otro caso parecido, pero inverso. En las excavaciones alemanas de Olimpia, a fines del pasado siglo, se halló un objeto que no clasificaron, por desconocerlo; ese objeto era una placa de cinturón de tres garfios y dos escotes laterales, con dibujos incrustados en plata, ¡idéntica! a las halladas con tanta frecuencia en nuestras tierras celtas del interior de la Península.

Resumiendo: creemos que en los bronces del Cerro del Berrueco existe un fondo griego, de una religión heliolátrica, a la que también entregaron sus mentes y sus corazones los pueblos celtas peninsulares, como multitud de ejemplos podrían probarlo. La asimilación de este culto griego por los celtas peninsulares la facilitaría la identificación de ambos conceptos, por fuerza semejantes, como Roma identificó los dioses griegos con los de su Panteón por las mismas razones. La rudeza de las formas en nuestros bronces reclama un origen indígena, y su fecha, aun con pocos elementos de juicio, es muy posible que no llegue al período romano; pero es casi seguro que no antecedió al siglo V.

© Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia